

dar el suyo á lo ménos á alguna carabela (1). Su modestia y evangélica dulzura se manifiestan en la afabilidad con que trataba á los pequeños, segun el mundo, á los empleados inferiores, á los marineros y hasta á los grumetes. Sabido es que estos se atrevían á hablarle, y que él conversaba benignamente con ellos, á ejemplo del Señor que queria se le acercasen los pequenitos.

Colon profesaba particular cariño á los enfermos, como lo revela muy bien el odio comun con que le distinguían los directores de hospitales y los oficiales del cuerpo de sanidad de marina. El olvido de las ofensas (2) no era simplemente natural á su generosidad de carácter: lo llevaba tan allá, hacia tan sinceramente evangélico su perdon de los enemigos, que abogaba á favor de ellos, padecía por ellos y hasta satisfacía por ellos.

Ningun miembro de la santa Iglesia romana pudo aventajarle en su adhesion indefectible á la fè católica, en su previsorá solicitud á favor del Papado. Sin ningun cuidado por su gloria personal, miéntras que no se cuidaba de escribir é imprimir, á fin de legar á la posteridad la historia de sus descubrimientos, redactaba expresamente para el Sumo Pontífice, la relacion de sus expediciones cristianas. No tiene para los Reyes esa piadosa atencion que muestra respecto del Padre Santo. Este sencillo hecho prueba una vez más lo muy poco que las consideraciones humanas determinaban sus resoluciones. ¿No es propio de un verdadero héroe del Evangelio el intimo y ardiente deseo que tuvo Colon de libertar el Santo Sepulcro y hacer que lo honraran todas las naciones de la tierra, á fin de servir de este modo la piedad de los cristianos, miéntras que sus descubrimientos iban á servir los intereses del cristianismo y de la civilizacion?

Sus nobles proyectos de descubrimientos, sus conquistas de lo desconocido, de las verdades científicas, no alteraban en nada la ingenuidad de su devocion á la Virgen santísima á quien amaba tiernamente, ni su filial devocion á san Francisco, el glorioso fundador de la Órden que le había prestado el primer amparo y dado la primera asistencia. Si los testimonios de su fervor y pureza no resaltaran claramente en todos los actos de su vida, sus familiares relaciones con los más sabios y edificantes religiosos de su época bastarian para indicar el estado de perfeccion en que pedia á Dios la gracia de servirle.

Ese conjunto de aspiraciones, de cálculos desinteresados, de empresas cris-

(1) Entre otros, uno de sus envidiosos, el capitán Vicente Yañez Pinzon, el menor de los tres hermanos Pinzon, de Palos.

(2) Hé aquí sencillamente los términos con que ese admirable cristiano censuraba á los que dificultaban sus expediciones.—«Plegue á Nuestro Señor que olvide las personas que combatieron y combaten una empresa tan excelente, y que se opondrían á que progresara.» — *Relacion á los Reyes Católicos acerca del tercer viaje*, traduccion de los SS. de Verneuil y de la Roquette.

tianas, de piadosas acciones, forma un concierto tal que no sería fácil hallar viviendo en el siglo otro cristiano tan grande por la fè, por la constancia en las tribulaciones y la resignacion á la voluntad suprema.

Lo que tambien demuestra que el Revelador del Globo no era un hombre escogido solamente para el descubrimiento, sino que, siendo agradable á los ojos del Señor, caminaba con paso firme por la estrecha senda de la perfeccion, es que, realizada ya su obra, no le abandona el auxilio de Dios; al contrario, se multiplican los favores con los trabajos del Heraldo de la Cruz. Cuanto más envejece, más adelanta en la perfeccion, y tambien se deja sentir más sobre él la divina asistencia. La accion cooperadora de la Providencia no es solamente sensible para Colon, sino que se hace manifiesta á cuantos la observan con ojos que quieran ver. Pero á medida que fortalecido ya por las tribulaciones y el auxilio invisible, ha llegado á poder sufrir mucho, se le distribuyen las tribulaciones con abrumadora prodigalidad, multiplicadas y proporcionadas á su grandeza; y, sin embargo, no sale nunca de sus labios una sola queja en medio de sus aficciones. Su capacidad para padecer se hace inmensa como su amor. Su serenidad de ánimo hasta su hora postrera, su calma angelical en el trance de la muerte, su conversacion comenzada en los cielos ántes que su alma abandonara la tierra, el comienzo prodigioso y el fin edificante del gran drama de su vida, ¿no parece todo esto indicar en Colon un predestinado?

Colon poseyó visiblemente las tres virtudes teologales. Practicó constantemente las cuatro cardinales; los siete dones del Espíritu Santo parecieron haber descendido sobre él, y en él hemos encontrado á Dios admirable como lo es siempre en sus santos.

Por el exámen de los hechos es difícil suponer que no sea del número de los elegidos de Dios en el cielo, despues de haberlo sido tan manifestamente en la tierra; ese adorador en espíritu y en verdad, ese contemplador del Verbo, ese hombre de misericordia, que perdonaba á sus enemigos y hasta á sus verdugos, que vivió pobre en medio de las riquezas que muy fácilmente hubiera podido recoger sino hubiese enjugado tantos sudores y lágrimas, ese precursor de la Buena Nueva en el Nuevo Mundo, ese heraldo del Rey de Gloria tan favorecido de Dios.

§ X.

¿De qué órden son los hechos que acabamos de recordar aqui? ¿Pertenecen al mundo ó á la santidad? ¿El que no hubiese leído todo lo que antecede, al dar

una ojeada á este capítulo, no creería que se trata de la historia de un bienaventurado, y que copiamos algunas páginas de la vida de un santo?

Por lo que á nosotros toca, hace ya mucho tiempo que tenemos fijada nuestra opinion sobre el particular. Muy claramente expresada por primera vez, el año 1843, en nuestro libro LA CRUZ EN AMBOS MUNDOS, se ha corroborado desde entónces por un estudio especial de esa época y de ese carácter. Se han robustecido nuestros primeros presentimientos; y considerando al Revelador del Globo como digno del respeto universal (porque sin la autorizacion de la Iglesia, no nos atrevemos aún á decir de su veneracion), profesamos cierto piadoso amor á su memoria.

Pero esto no basta.

Descubramos lo más recóndito de nuestro pensamiento; declarémoslo ante los hombres que lo ignoran y ante Dios que lo sabe: CRISTÓBAL COLON FUÉ UN SANTO.

Empleamos esta palabra SANTO, en cuanto es lícito á la sumision de un católico usarla por figura de lenguaje, por falta de expresion más exacta, para aplicarla á un hombre que la Iglesia no ha canonizado; porque en este concepto, hasta entónces nadie es SANTO, en la verdadera acepcion de la palabra. Y cuando declaramos con plena seguridad que Cristóbal Colon es un SANTO, intentamos decir que, con relacion á la historia, se encuentra el mensajero de la cruz en la posicion de un héroe del Evangelio, de un gran siervo de Cristo acerca de cuyos méritos la Iglesia no ha fallado aún. Grandes obispos, mártires, fundadores de órdenes religiosas é ilustres santos han quedado temporalmente en una situacion igual, esperando el dia de su canonizacion.

Más de un lector quedará sin duda sorprendido y quizás escandalizado de la osadia de nuestra afirmacion; pero podemos asegurar una cosa, y es: que el augusto Jefe de la cristiandad, los Príncipes de la Iglesia no se admirarán de ella. En las elevadas regiones del Pontificado no encontró nuestra voz más que benevolencia y aliento, cuando poco há en Roma dimos testimonio de la pureza de Cristóbal Colon, cuando declaramos la grandeza del mensajero de la salvacion. El inmortal Pio IX, el primer Papa que ha atravesado el Océano y habitado la tierra descubierta por Colon, sabía su profunda piedad, su mision providencial y las simpatías de la Santa Sede por su gloria. El Sacro Colegio honraba al gran Porta-Cruz del Cristianismo. En la Ciudad Eterna se ha conservado el honor de su nombre. No se ha olvidado allí que el Revelador del Globo tuvo la honra de estar en relacion epistolar con tres Papas consecutivos. Que, muerto él, tres Papas: Leon X, Gregorio XIV, Inocencio IX aceptaron tambien las dedicatorias de obras en las que se hablaba del Espíritu Divino de que estaba lleno Colon. Se recuerda tambien allí que, á ejemplo del Pontificado, protegió tambien el cardenalato su gloria; y que en diversas épocas supieron los cardenales romanos

inspirar y retribuir los poemas que publicó Italia en loor de este cristiano, entónces casi desconocido del mundo.

Los Franciscanos de Roma han acogido esa imperecedera memoria. La amistad del Padre Juan Pérez de Marchena á favor de Cristóbal Colon se ha trasmitido en la Orden Seráfica. Los Franciscanos de Roma, los Menores Conventuales, los Religiosos de la Observancia, los Capuchinos, continúan siendo fieles huéspedes de su memoria. Y los Dominicos, por su parte, no le han olvidado. Todavía hoy se hallaría entre ellos, para defender su fama, más de un Diego de Deza, comenzando por su admirable General, el reverendísimo Padre Jandel, honra de Francia.

Lo repetimos, pues:

El heraldo del Rey de Gloria, se halla con respecto á la Iglesia, en la posesion espectante de un Bienaventurado, ántes de su Beatificacion.

¿Y por qué no hemos de decirlo, ya que tenemos el presentimiento de ello? Llegará dia en que el Vicario de Jesucristo, ejerciendo la soberania espiritual del mundo, calificará solemnemente esa virtud superior que Dios hizo brillar en el mensajero de la salvacion. Y la misma Iglesia añadirá un titulo á los nombres tan maravillosamente significativos que llevaba el elegido de la Providencia. Declarada que esté la santidad de Cristóbal Colon, nada faltará en lo sucesivo para la rehabilitacion del héroe. Al Pontificado pertenece decidir en tiempo oportuno, en su sabiduria, acerca de esa aureola que seria la única corona digna de una gloria tal, de una gloria tan grande.

Quizas se nos diga: Un santo hace milagros; el milagro es la señal por excelencia de la santidad. Y Cristóbal Colon no hizo milagros.

¿Quién lo prueba?

¿En qué se fundarian para negar sus milagros los que tal hicieran? ¿Quién afirma que Cristóbal Colon no los hizo nunca? Nosotros presentamos la prueba de que, despues de los prodigios realizados durante su vida, hizo milagros despues de su muerte. Y no dudamos en manera alguna que dadas ciertas circunstancias, regularmente autorizadas, pueda obrar otros al cabo de tres siglos.

Dios quiso que la señal de la Redencion, la cruz que tan amorosamente había llevado al Nuevo Mundo su Revelador, diera testimonio de la virtud de su mensajero, y que algunas gracias particulares vinieran á señalar á la veneracion de los cristianos una cruz que Cristóbal Colon había plantado en la Española, en homenaje de tierna piedad al Salvador de los hombres.

Esto merece referirse.

§ XI.

Á primeros de abril del año 1495, Colon visitó por segunda vez en la Española la vega real, donde el año ántes se había detenido lleno de admiracion, bendiciendo á Dios públicamente al frente de sus tripulantes, y dándole gracias por haberle descubierto tan grandes bellezas (1). Despues de la sumision de Guarionex, soberano de la comarca, el Almirante había obtenido en las condiciones de paz, la autorizacion para construir una fortaleza en la entrada de aquel magnífico país. Queriendo honrar el signo de salvacion en aquel lugar encantador, dió al teniente de navío, Alonso de Valencia, la órden de tomar unos veinte hombres, para que fuera con aquella partida, compuesta principalmente de marinos (2) y carpinteros, á derribar un árbol soberbio, que él había escogido para hacer una cruz. El tronco, perfectamente labrado, formaba el árbol de la cruz, y la rama mayor, atravesando horizontalmente el tronco, representaba los brazos. Media unos diez y ocho ó veinte palmos de altura. Esta gran cruz, de notable elevacion, plantóla el Almirante en una colina al pié de las montañas desde donde la vista abarcaba, con inmenso horizonte, la más bella perspectiva de aquella magnífica llanura.

Aplicando Colon su talento de ingeniero á la construccion de una fortaleza, importante bajo el concepto estratégico, cuyo plan había formado, permaneció algun tiempo en aquel lugar al que había dado el nombre de la Inmaculada Concepcion. [Igual nombre se dió á la fortaleza y comarca vecina. Miétras duraron los trabajos, él hacía cada día sus ejercicios de devocion delante de aquella cruz, por no tener á su disposicion ningun sacerdote, ni iglesia ninguna. Cada mañana y tarde reunía en ella á los obreros con los soldados, y rezaba regularmente su oficio junto á aquel signo sagrado. Colon tenía un afecto particular á dicha cruz. Como el Salmista en pos del Señor y admirando sus obras en mitad de la noche (3), á menudo iba allí á la dudosa luz de las estrellas. Al pié de la cruz, simbolo de la vida eterna, quedaba absorto en inefables contemplaciones. La vista de los astros, girando armónicamente en el éter, obraba divinamente en su alma, como si desde

(1) Tomo 1.º, libro II, cap. III, pág. 329.

(2) «Mandó á veinte y tantos hombres que fuesen á cortar un buen palo derecho y alto y bien hecho. Y los mas de aquellos á quien lo mandó eran hombres de la mar.»—Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. v.

(3) «*Media nocte surgebam ad confitendum tibi, super iudicia justificationis tue.*»—Psal. 118.

la tierra hubiese oido la melodía de los coros celestiales. Es indudable que su contemplacion mistica ensanchaba su esfera á la sombra de aquel signo que él había plantado con sincera piedad, y que Dios parecia haberse dignado aceptar. Vemos en la historia de un español para siempre célebre, Ignacio de Loyola, que, cierto día, miétras oraba junto á una cruz, en el camino que va de Manresa á Barcelona, cuanto había conocido ántes de la religion «le fué presentado á la vista con claridad tan grande, que las verdades de la fé le parecían no tener nada de oscuro (1).» Asi de la misma manera cierta luz interior ilustraba tambien á Cristóbal Colon en aquel sitio; porque moraba en él por predileccion, aunque estuviera acampado allí como en tiempo de guerra.

De todos los puntos de la isla Española es la Concepcion el sitio en donde moró por más tiempo. No tenía allí familia, ni sociedad, ni comodidad para su trabajo intelectual, pero á su aislamiento se le daban compensaciones sublimes. Por esto al regresar de su tercer viaje volvió con ansia á la Concepcion, despues del descubrimiento de la Trinidad y del Nuevo Continente. Luégo que hubo apaciguado los desórdenes de Roldan, dejando á su hermano don Diego de gobernador en Santo Domingo, y habiendo dado órden al Adelantado de recorrer el Estado de Xaragua, volvió á la deliciosa soledad de la Concepcion, donde permaneció durante algunos meses, continuando aún allí cuando el comendador Bobadilla desembarcó en la isla para desposeerle. Sería imposible explicar esa constancia y ese cariño de distinta manera que por consuelos y favores espirituales. Y es que el mismo Colon dice que allí había invocado á la Santísima Trinidad. Por esto quiso consagrar aquel sitio privilegiado erigiendo una iglesia en la que debian celebrarse tres misas cada día: la primera, en honra de la Santísima Trinidad; la segunda, en honra de la Inmaculada Concepcion, y la tercera por los difuntos (2).

Cuando Colon en recompensa de sus nuevos descubrimientos fué arrancado de su gobierno y enviado á España cargado de cadenas, acostumbrados ya los castellanos por su ejemplo á orar al pié de aquella cruz, continuaron teniéndole devocion. Cierta día, invocado el Señor con fé sincera al pié de aquella cruz, obró un milagro: á su contacto quedaron curados algunos enfermos de calenturas. Este prodigio atrajo otros enfermos, á otros cristianos que padecian distintos achaques; encomendáronse fervorosamente á Dios, y quedaron curados algunos de ellos. De ahí viene que aquella cruz fuese llamada LA VERA CRUZ, porque se distinguía de las demas cruces por los milagros.

El nombre y las maravillas de LA VERA CRUZ se propagaron á lo léjos. Oprimi-

(1) El P. Bonhours, *Vida de San Ignacio*, lib. I, pág. 39, en 4.º

(2) Testamento y codicilo del Almirante D. Cristóbal Colon otorgado en Valladolid á 19 de mayo del año 1506.